



# EGUZKILORE

Cuaderno del Instituto Vasco de Criminología.  
San Sebastián, N.º 4 Extraordinario. Diciembre 1991.

## *“Pío Baroja y el criminólogo”*

• Dedicatoria .....	5
• <b>M.ª Jesús Aranburu.</b> “Aurkezpena / Presentación” .....	6
• <b>Antonio Beristain.</b> “Prólogo” .....	9
• <b>José Luis Astiazarán Aristizábal.</b> “El Baroja de Eugenio Tamayo” .....	13
• <b>Augusto Maeso.</b> “Introducción” .....	15
• <b>José Angel Ascunce.</b> “Presencias de Pío Baroja en la obra novelística de Camilo José Cela: <i>La familia de Pascual Duarte</i> ” .....	19
• <b>Iñaki Beti Sáez.</b> “ <i>Las ciegas hormigas</i> de Ramiro Pinilla: un canto a la libertad y al esfuerzo personal” .....	33
• <b>Jesús M.ª Lasagabaster.</b> “La novela de la utopía imposible: <i>Paradox, rey</i> ” .....	43
• <b>Lourdes Lecuona.</b> “La novela de los bajos fondos: Baroja y Dickens” .....	53
• <b>Miguel Pelay Orozco.</b> “Releyendo a Baroja” .....	67
• <b>Roberto Pérez.</b> “Pío Baroja y su lucha por la vida” .....	81
• <b>Andrés Sorel.</b> “Baroja y la vieja nueva lucha por la vida” ..	95
<b>Acto Solemne de Clausura</b> .....	103
• <b>Antonio Beristain.</b> “La compasión en y de Baroja guipuzcoano” .....	105
• <b>Juan San Martín.</b> “El patrimonio familiar de los Baroja” .....	109
• <b>Julio Caro Baroja.</b> “42 años junto a mi tío” .....	111

EGUZKILORE

Número Extraordinario. 4  
 San Sebastián  
 Diciembre 1991  
 81 - 93

## PIO BAROJA Y SU LUCHA POR LA VIDA

Roberto PEREZ

*Catedrático de Literatura  
 Universidad de Deusto - Bilbao*

La intencionada ambigüedad del título para nada afecta a lo que constituye el epígrafe general a la jornada de hoy: "Pío Baroja: del amor y de la vida". Espero no salirme un punto de esa vida o de ese amor que se manifiesta ya en la biografía, ya en la obra de D. Pío. Sólo he pretendido en estas cuartillas establecer un puente entre literatura y realidad, entre la lucha por la vida del hombre que fue Baroja y la ficción novelística del mismo título que nos ofrece el más variopinto mundo de reflexiones para un curso de criminología. Me atrevo a asegurar que ese abigarrado mundo de personajes suburbiales que Baroja nos ofrece en estas tres novelas (*La busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja*) constituyen uno de los más amplios abanicos de las especies criminológicas, no digo criminales, de la novelística del siglo XX. Pero tampoco he querido limitarme a esa trilogía, aunque sus páginas hayan inspirado de modo fundamental este texto. Quiero decir que la lucha por la vida se continúa a lo largo y a lo ancho de toda la obra barojiana, entreverando autobiografía y ficción de tal manera que el lector queda, a veces, un tanto en suspenso, no estando siempre seguro sobre si la página que lee ha nacido de la experiencia o de la fantasía de D. Pío. En esta charla he tratado de enhebrar con sentido el máximo posible de texto barojiano, a fin de presentar a Vds. con datos de primerísima mano lo que, a mi entender, constituyó 'la lucha por la vida' de D. Pío Baroja. De esta manera el título que encabeza estas líneas perderá la ambigüedad inicial para ser interpretado en su totalidad: Baroja y su lucha por la vida, es decir la suya personal y la de los personajes de sus relatos, que nunca dejaron de ser parte de su autor.

Que la vida es lucha, es un aserto tan antiguo como la vida misma que no trataré de demostrar; basta con recurrir a la prensa diaria o examinar nuestra propia vida personal. Sí quiero recordar, sin embargo, la primera frase del prólogo de *La Celestina*, otro excelente texto literario apto para la reflexión, que dice así: "Todas

las cosas ser criadas a manera de contienda o batalla, dice aquel gran sabio Heráclito. Sentencia a mi ver digna de perpetua y recordable memoria”, para compararla con la que Baroja repite casi al final de *Aurora roja*, cuatrocientos años después: “Todos los animales, y el hombre no es más que uno de ellos, se encuentran en un estado permanente de lucha; el alimento tuyo, tu mujer, tu gloria, tú se lo disputas a los demás; ellos te lo disputan a ti. Ya que nuestra ley es la lucha, aceptémosla, pero no con tristeza, sino con alegría. [...] La lucha siempre, hasta el último momento, ¿por qué? Por cualquier cosa”<sup>1</sup>. Esa lucha continua, aceptada con más resignación que alegría, es la que se expresa diariamente en cualquier encuentro callejero:

— ¿Qué tal te va, fulano? — Ya ves, luchando.

La vida de Pío Baroja no se sustrajo a esa ley general del vivir. Su personal lucha contra el mundo se desarrolló en diversos frentes de los que solamente me referiré a algunos más significativos, tratando de establecer ese puente ya aludido entre las experiencias personales de D. Pío, tomadas fundamentalmente de sus escritos autobiográficos, y los personajes y temas de algunas de sus novelas más calificadas.

Y el primer aspecto al que quiero referirme es el asunto del dinero; sin duda, uno de los móviles más activos de la historia del crimen. La lucha económica, la lucha por la subsistencia es la primera batalla que todos entablamos contra el mundo. También Baroja tuvo una dilatada experiencia en esta línea. De su época de estudiante de bachillerato en Pamplona recuerda en sus *Memorias*, “tenía yo, como los demás chicos, muy poco dinero. En las familias modestas se daba a los chicos unos céntimos los domingos” (VII, 551). Y, más tarde en Madrid, ya en la Universidad, la cosa no había mejorado mucho. En su discurso de ingreso en la Real Academia, decía: “La mayoría de los estudiantes de mi época era gente de poco dinero. No hacíamos vida social, ni literaria, no nos asomábamos a los teatros grandes, sólo íbamos algún domingo por la tarde a teatros pequeños. Estábamos en esto a la altura de los menestres y de los dependientes de comercio” (V, 866). No se puede decir que Baroja fuese de familia pobre: su padre era ingeniero de montes, pero era mucha la familia a mantener y los sueldos, entonces, no eran grandes. De ahí que conociese, incluso, períodos de estrechez. Terminada la carrera de medicina en Valencia, y por medio de un anuncio de *El Pueblo Vasco*, entra como médico rural en Cestona: la honestidad del joven Pío, que le impide obtener ciertos ingresos atípicos, y los nueve reales que le cobra la patrona hacen que su economía tampoco consiga salir a flote. Las muchas penalidades que este trabajo comportaba y el escaso rendimiento que producía (prácticamente lo comido por lo servido) le deciden a pedir el cese y marcharse a regentar la panadería de su tía en Madrid.

¡De médico rural en Cestona a patrón panadero en Madrid!  
¡Qué lucha por la vida!

---

1.- Pío Baroja, *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, I, p. 635. En adelante todas las citas de Baroja que se toman de sus ocho volúmenes de las mencionadas *Obras Completas* (1946-1951), irán seguidas de la indicación de volumen y página entre paréntesis.

El mismo Baroja cuenta en sus *Memorias* cómo emprendió con verdadero ardor esta nueva ocupación, y cómo, al fin, no fue posible mantener el negocio. “La vida de la industria y del comercio de Madrid —recuerda— estaba decaída, en un momento de depresión. Para mi empresa me faltaba capital y no lo pude encontrar por más ensayos que hice. Iba, venía, hablaba a uno y a otro. La verdad es que no encontré más que usureros”. Aquí, en la tahona de Madrid, Baroja vivió sus primeras experiencias de verdadera angustia económica, más de una vez resueltas jugando a la Bolsa. Sus *Memorias* ofrecen diversas aventuras que yo quiero resumir en esta cita: “A veces se presentaban varios cobradores con sus facturas en mi despacho, y había que torearlos y hasta escaparse por una ventana si era necesario” (VII, 641). A fines de 1898, cuando ya el negocio resultaba insostenible, el joven Baroja reflexiona: “Había sido médico de pueblo, industrial, bolsista, y aficionado a la literatura. Había conocido bastante gente. El ir a América no me seducía. Llegar a tener dinero a los cincuenta años, no valía la pena para mí. Quería ensayar la literatura” (VII, 656).

Y así inicia su carrera literaria. Pero parece que tampoco para esto eran los tiempos buenos. En efecto, “La época puso a la juventud literaria en esta alternativa dura: o la cuquería y la vida maleante, o el intelectualismo con la miseria consecutiva” (VII, 659). Muchas dificultades económicas pasó Baroja durante sus primeros años de escritor. Con algunas frases más tomadas de aquí y de allá intentaré rematar esta mini-biografía económica de D. Pío. Así, en el relato de su primer viaje a París, en verano de 1899, con frecuencia se refiere Baroja a su penuria o escasez de medios: pasó hambre en varias ocasiones, tuvo diversas “experiencias desgraciadas”, de manera que cuando recuerda la vuelta a su tierra escribe en sus memorias: “No tenía dinero para volver a España. Un español me proporcionó por quince francos un billete de ferrocarril del Consulado como indigente hasta la frontera nuestra. (...) Al principio del otoño llegué a San Sebastián flaco, barbudo y hambriento” (VII, 723). Después de un pequeño descanso vuelve a Madrid a buscarse la vida como escritor. Inman Fox cita una simpática carta de Baroja a Martínez Ruiz (más tarde Azorín) en la que, allá por 1902, le pide alguna cosa que tuviera escrita para “meterla” en una novela que el editor Valentí Camp le exigía con premura. Luego añade: “El libro va a resultar un ciempiés, un ciempiés sin cabeza, como diría Gerona, pero para mí la cuestión es llegar a las dos mil del ala”<sup>2</sup>.

Poco tiempo después debió de ocurrir la anécdota que el mismo Baroja se encargó de recordar. Parece que fue a Maeztu al que se le ocurrió publicar un gran folletín como si de una novela por entregas se tratase, entre cuatro autores: Baroja, Azorín, el mismo Maeztu y Camilo Bargiela. Fueron a casa del editor González Rojas quien les chafó el plan al pedirles por escrito el texto completo antes de tomar una decisión. En efecto, añade Baroja, “pudimos comprender que nuestra gestión fracasaba, porque, naturalmente, lo que se quería era empezar a cobrar enseguida” (VII, p. 341). No lo tuvo fácil, a comienzos de siglo, la bohemia literaria de Madrid. Y a Pío Baroja no le fue mejor que a Valle, a Azorín, o a Gómez de la Serna. Todos pasaron sus épocas de vacas flacas porque vivir de la pluma nunca ha sido negocio

---

2.- E. Inman Fox, *Ideología y política en las letras del siglo XX*, Espasa Calpe, Madrid, 1988, p. 200.

seguro, pero mucho menos para los principiantes, y no otra cosa era Pío Baroja, llegado a Madrid por segunda vez para hacer fortuna literaria.

Quiero terminar este primer apartado con una anécdota muy conocida, pero no por ello menos significativa. En 1954, dos años antes de su muerte, con el decaimiento que le había producido el fallecimiento de su hermano Ricardo, D. Pío perdió el interés por seguir ocupándose de la casa y controlar los gastos e ingresos. Pérez Ferrero, su biógrafo, cuenta lo que le ocurrió a D. Julio Caro, que debía tomar el relevo en la administración. Su tío le dijo: "Ahí, en el cajón del armario de mi cuarto tengo unos billetes; haz con ellos lo que quieras". El fue y, en efecto, encontró un cajón casi lleno de billetes, todos revueltos con calderilla y nuevas acuñaciones. Julio se pasó toda la mañana contando, y la cifra final sorprendió al mismo D. Pío: 750.000 ptas.<sup>3</sup> Esta anécdota que en sí no tendría más valor, pone de relieve, sin embargo, lo que fue la actitud de Baroja frente al dinero. Las peripecias de estudiante, los apuros sufridos en la panadería, los riesgos de la bolsa en la que confió durante algún tiempo, las angustias pasadas en su primer viaje al extranjero, los inciertos comienzos literarios, la penalidades posteriores entre las que hay que incluir las penurias en los inicios de la guerra civil tanto en España como en Francia, etc., habían ido configurando un Baroja desconfiado frente a los cambios de fortuna, convencido de que la lucha contra el dinero no se acaba nunca. D. Julio Caro recuerda cómo D. Pío, ya anciano de 80 años, decía a su ama Clementina: "Vamos a ver si Julio y yo damos ahora un empujón y luego podremos vivir trabajando menos".

Si la vida es lucha, no cabe duda de que la de Baroja tuvo uno de su frentes en el campo económico. No le pudo resultar difícil escribir sobre este tema en sus novelas. La trilogía de *La Lucha por la vida* refleja a la perfección ese ambiente de los suburbios que iban naciendo en las afueras de Madrid, en los que la pobreza unas veces, la absoluta miseria otras, la inseguridad frente al día de mañana siempre, mantiene en guardia permanente al hombre, preparado para saltar sobre su presa. En *Mala hierba*, Vidal, el truhán vidividor, abre los ojos a su primo Manuel: "En el mundo hay dos castas de hombres: unos que viven bien y roban trabajo o dinero; otros que viven mal y son robados. (...) No hay más que comer o ser comidos. Conque tú dirás" (I, 473). Esa es la lucha por la vida que Baroja conoció en los barrios bajos de Madrid, entre los empleados de la panadería, en los suburbios de París, en la bohemia literaria.

### La lucha religiosa

Otro campo de batalla, más sutil, interior, fue sin duda la religión. Llama la atención la preocupación que Baroja siente por el tema religioso, que con frecuencia entra a formar parte de sus novelas. En algunas de ellas la religión se convierte en tema casi exclusivo de las mismas; por ejemplo en *Camino de perfección*, en *La leyenda de Jaun de Alzate* y, sobre todo, en *El cura de Monleón*. En otras, se entrecruza, dentro de problemáticas más amplias, con otros planteamientos próximos como la moral, la ciencia o la política. Así ocurre en *César o nada*, *El árbol*

3.- Miguel Pérez Ferrero, *Vida de Pío Baroja*, Novelas y Cuentos, Madrid, 1972, p. 322.

de la ciencia o *La sensualidad pervertida*. Esto, ya de entrada, pone de relieve la necesidad que Baroja sintió de volver sobre el mismo tema, como si no lo tuviera resuelto de modo definitivo. Y téngase en cuenta que de las novelas citadas, la primera, *Camino de perfección*, es de 1902 y *El cura de Monleón* de 1936. Más de treinta años de temática religiosa que renace en este o aquel escrito, unas veces de modo más violento, otras más tranquilo, siempre con necesidad de matizar, de insistir o de precisar algún extremo, o de añadir nuevas reflexiones. Los escritos posteriores a 1936 apenas rozan el tema religioso, dada la situación política y espiritual de la España de Franco.

Carmen Iglesias comienza su comentario sobre el tema religioso con esta reflexión: “¿Fue el episodio de la catedral de Pamplona el origen del descreimiento barojiano? Lo único evidente es que cuando empezó a escribir era ya un agnóstico en materia religiosa”<sup>4</sup>. Ese episodio pamplonés lo narra el mismo Baroja en *Juventud, egolatría* recordando que en cierta ocasión, con nueve años de edad, entró en la catedral de Pamplona tarareando alguna música religiosa cuando “de pronto salió una sombra negra por detrás del confesonario, se abalanzó sobre mí y me agarró con las manos del cuello hasta estrujarme. Yo quedé paralizado de espanto. Era un canónigo gordo y seboso”.

Gran impresión debió causarle al niño Baroja este hecho, ya que más de treinta años después recuerda con verdadero terror el nombre del canónigo y la conversación que mantuvo con su hermano, a quien preguntó cómo se llamaba y la dirección del “díscolo niño” para ir a denunciarlo ante su padre. Ricardo, claro, dio nombre y dirección falsos. El texto concluye: “Este canónigo sanguíneo, gordo y fiero, que se lanza a acoger a un niño de nueve años, es para mí el símbolo de la religión católica. Aquella escena fue para mí, de chico, uno de los motivos de mi anticlericalismo. [...] Si viviera no tendría inconveniente en ir por las noches oscuras al tejado de su casa y gritarle por la chimenea con voz cavernosa: ‘Don Tirso, eres una mala bestia’ ” (V, 195). No sabemos hasta qué punto esa experiencia negativa infundiría en Baroja un odio real a la Iglesia o a sus ministros. Pero sí es cierto que ni las *Memorias*, ni las novelas que narran la infancia y juventud de Baroja refieren aspectos religiosos: conductas, enseñanzas, recuerdos, experiencias tan normales en un muchacho de bachillerato. Baroja silencia intencionadamente, no puede ser de otra forma, todo lo que se refiere a la religión en el período de su formación, menos este desgraciado incidente de Pamplona.

Ahora bien ¿cuál fue el proceso para llegar al agnosticismo que, como señala Carmen Iglesias, es el punto de partida de la creación literaria de Baroja? Probablemente Fernando Osorio, el protagonista de *Camino de perfección* (1902), presenta una crisis similar a la que había sufrido Baroja: una confusión entre cierto misticismo estético y el verdadero sentimiento religioso, la vivencia de la fe. Por ello podía afirmar unas veces “Ya estoy purificado de mis dudas... Ha venido la fe a mi alma” y otras todo lo contrario. Pero Baroja relaciona este misticismo lírico y sensual con un estado de debilidad física que provoca alteraciones síquicas graves. Cuando la fortaleza física va volviendo al protagonista, desaparecen las pesadillas y se afirma

4- Carmen Iglesias, *El pensamiento de Pío Baroja*, Gredos, Madrid, 1963, p. 72.

el rechazo de la religión. Esta vinculación entre debilidad y falso misticismo se repite en otra novela muy posterior *El nocturno del hermano Beltrán* (1929), como dando a entender que el acercamiento a la religión es propio de temperamentos débiles propicios a las alucinaciones, o incapaces de un enfrentamiento con el mundo. En todo caso, tanto a Osorio como a Baroja lo que les producía verdadero rechazo de la religión, en momentos de fortaleza intelectual, eran sus dogmas. Baroja luchó siempre contra las verdades absolutas. El se proclama más de una vez “dogmatóforo”, devorador de dogmas, esas verdades indiscutibles e inexplicables que no puede aceptar. *El cura de Monleón* es la novela más explícita en este sentido. Su protagonista Javier Olanar, que se ha venido considerando tradicionalmente como un desdoblamiento del mismo Baroja, pasa revista crítica a los dogmas y verdades más sobresalientes del catolicismo desde una situación de cierto sosiego, exento de acritud, y en una confrontación con la ciencia va descubriendo que ésta arruina las pretendidas verdades de aquéllos. Ya al final de la novela, cuando Olanar se refiere a las últimas investigaciones y descubrimientos de la teoría evolucionista (el “*Sinantropus pekinensis*” es de 1930), concluye su reflexión con estas palabras: “seguramente nada de esto está todavía aclarado, pero lleva camino de aclararse. Es una verdad en marcha” (VI, 874).

Puede considerarse que la lucha interior que Baroja había sostenido durante algún tiempo entre una imprecisa tendencia a la fe y el rechazo racional de la misma, posiblemente antes de empezar su proceso de escritor, había terminado con el triunfo de uno de los bandos. El agnosticismo acabó imponiéndose por simple y llana argumentación racional. Ya en *Aurora roja* D. Pío comparaba a los católicos con los republicanos y los anarquistas en cuanto a los modos de juzgar a sus enemigos. Por lo que respecta a los católicos añadía: “Lo cierto es que al católico no se le puede convencer de que si las ideas antirreligiosas cunden no es por influencia de los masones, ni de las logias, sino porque la gente empieza a discurrir” (I, 623). A eso se debe, precisamente, la pérdida de la fe de Javier Olanar, al discurso intelectual; es decir, que el ateísmo se presenta como punto de llegada de un proceso reflexivo. Y esto es lo que *El cura de Monleón* añade a otros escritos anteriores: una minuciosa discusión argumentada de todos los temas nucleares de la religión: desde la creación hasta la Iglesia, pasando por los sacramentos. Carmen Iglesias recuerda cómo Angel del Río se había referido a esta novela a raíz de su publicación, considerándola como el testamento barojiano sobre cuestiones religiosas. Y en efecto, acertó Angel del Río, pues, como se ha indicado, D. Pío no volvió a abrir la boca ni a coger la pluma para hablar de este tema.

Baroja se mantuvo hasta su muerte en esta posición que nosotros consideramos agnóstica, más que atea, y dispuso su entierro civil tal como se celebró el 31 de octubre de 1956. Puede decirse, sin embargo, que Baroja, como otros miembros de su generación, mantuvo durante toda su vida una profunda preocupación por el hecho religioso que se tradujo unas veces en ataques airados a sus ministros o a sus dogmas, otras en reflexión humilde y resignada (recuérdese lo que cuenta Pérez Ferrero cuando residía en París durante la guerra civil “Muchas tardes, en el Colegio de España, junto a una ventana de la biblioteca, Baroja, D. Pío Baroja, sentado

en un sillón, leía los evangelios”<sup>5</sup>), pero siempre con un exquisito respeto a los que consideraba clérigos ejemplares u hombres de bien. Por eso pienso con Carmen Iglesias que no sin profundo dolor hubo de escribir Baroja estas palabras que pronuncia el cura de Monleón: “Para el hombre de hoy el punto de vista indiferente y agnóstico es el que mejor le cuadra. Es triste si se toma en serio, y si no se toma en serio no es menos triste. Ver el mundo como un campo de ceniza donde nada tiene remedio, y cuyo final es hundirse en el abismo de la muerte para siempre, no es muy halagador” (VI, 868).

## La ciencia

El interés que por el hecho religioso mostraron todos los escritores de la generación de fin de siglo corre parejo con el que suscitó en ellos la ciencia, especialmente en Unamuno y Baroja. En efecto, el carácter cientificista del s. XIX llegó a crear en muchos intelectuales una especie de veneración por la ciencia, a la que se atribuía mucho más de lo que ella podía dar. Quizá Baroja, como Unamuno, participó en un principio de esta euforia colectiva, ya que es éste un tema que se repite con frecuencia en las obras barojianas. Se suele decir que el interés de Baroja por la ciencia le vino de sus estudios de medicina, cuando probablemente, estos estudios, o mejor, algunos de sus profesores, le proporcionaron los primeros motivos de duda sobre la consistencia del discurso científico de moda. Tal es el caso de D. Benito Hernando, que le suspendió con increíble insistencia, de D. José Letamendi a quien Baroja parece que llegó a odiar cordialmente, y de quien en algunas novelas y en las *Memorias* dice verdaderas barbaridades referidas a su supina ignorancia, a su hueca palabrería, a su chulería insoportable. Letamendi representaba como científico todo lo que Baroja llegó a odiar como escritor: la obviedad, la vacuidad, la petulancia, la retórica. En todo caso, en la Facultad de medicina de Madrid se estimuló, aunque fuese por vía de rechazo, su interés por el conocimiento científico, aprendiendo a distinguir el trigo de la paja.

De las diversas vertientes desde las que se puede estudiar el tema de la ciencia en Baroja, nos interesa especialmente aquélla que lo vertebra con la religión, pues de alguna manera la ciencia viene a ocupar en Baroja, lo mismo que en Unamuno, el hueco que la religión no puede cubrir. Eso parece indicar, al menos, cuando escribe en 1917: “Dentro de lo posible está el que la ciencia encuentre la finalidad a nuestro mundo, que ahora nos parece una bola inútil y estúpida, repleta de carne dolorida, que anda paseándose por los espacios” (V, 95). Pero no debe verse demasiada seguridad en esta afirmación. Se trata más de una resignada esperanza, o de la expresión de un deseo anhelado. Por eso, añade a continuación: “Y aunque tengamos la evidencia de que hemos de vivir constantemente en la oscuridad y en las tinieblas, sin objeto y sin luz, hay que tener esperanza”. Esta esperanza, sin duda, había sido más firme años atrás, en la época de las *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901), cuando Baroja escribe: “Pero Avelino [compañero inventor de Silvestre] no quería hablar de Infinito ni de Absoluto, y brindó por la Ciencia, por la sagrada Ciencia, la religión nueva, por la Humanidad, por

---

5.- Miguel Pérez Ferrero, *op. cit.* p. 274.



la mecánica"; o cuando algunos años después dice en una conferencia política en Barcelona, allá por marzo de 1910: "Sí; la ciencia es sagrada; podremos comprenderla o no; podrá estar por encima de nosotros, pero no importa, es nuestra protectora, es nuestra madre" (V, 534).

Parece que después va perdiendo seguridad a medida que el tiempo pasa. En *El árbol de la ciencia*, la novela publicada en 1911 que desarrolla este tema de modo amplio y directo, Baroja nos ofrece toda una reflexión dialéctica sobre la ciencia. El protagonista Andrés Hurtado y su tío Iturrioz constituyen los extremos de este enfrentamiento teórico sobre el desarrollo científico; ambos, el joven, inquieto pero inexperto, y el adulto, sabio y moderado parecen personificar los extremos de la lucha barojiana. Mientras Hurtado piensa que la ciencia explica y desarrolla la vida, Iturrioz afirma que la ciencia puede llegar a convertirse en nuestro enemigo y, en todo caso, mostrará sus insuficiencias o incapacidades. Mientras uno mantiene un sentido idealista de la ciencia fundamentado en los pensadores alemanes, Iturrioz le recomienda que lea a los ingleses que son más prácticos: "Lee a los ingleses; la ciencia en ellos va envuelta en sentido práctico. No leas a esos metafísicos alemanes; su filosofía es como un alcohol que emborracha y no alimenta" (II, 512). Al final, a pesar de su fe, la ciencia no puede salvar de la muerte ni al hijo ni a la mujer del joven protagonista y sólo es capaz de proporcionarle un veneno para el suicidio, es decir, para su propia destrucción.

Algunos años después, en *La caverna del humorismo* (1919), con mayor conocimiento de los avances científicos, a la vez que de sus intrínsecas limitaciones, escribe: "La ciencia parece una conciencia superior de la Humanidad, que sabe su fin. Sin embargo, cuando nos acercamos a ella, vemos que está tan ignorante de los fines últimos como todas las demás instituciones humanas. Si la ciencia avanza en una progresión aritmética, el misterio crece en progresión geométrica. Más conocimiento, más misterios" (V, 477). Pero no queda otro remedio: o la ciencia o nada. De ahí que Baroja, a pesar de todos los inconvenientes que en la ciencia va encontrando sigue firmemente adherido a su magisterio: "En la esfera religiosa, en la esfera moral, en la social, todo puede ser mentira; nuestras verdades filosóficas y éticas pueden ser imaginaciones de una humanidad de cerebro enloquecido. La única verdad, la única seguridad es la ciencia, y a esa tenemos que ir con una fe de ojos abiertos" (*Divagaciones apasionadas*, 1924, V, 535). ¿Es que la fe en la religión es de ojos cerrados? Baroja no lo dice. Pero está claro que si la ciencia exige fe en sus postulados, procesos y resultados es que hemos avanzado muy poco. O, mejor, es que estamos como al comienzo. Esa es la insuperable angustia de D. Pío Baroja.

Y para terminar este tejido de pensamientos barojianos, que quieren servir para poner en claro de modo sumario la lucha interior de Baroja ante el hecho científico, una última referencia que, a mi modo de ver, pone el dedo en la llaga. Toda la controversia barojiana en torno a la ciencia, tejida de fidelidades incondicionales unas veces, de insatisfacciones y misterios insolubles otras, queda expresada en esta constatación tan lúcida como cruel: "La incógnita de la vida humana no se resuelve nunca; pero el hombre de ciencia, aunque sepa esto, marcha siempre hacia

adelante. Es el héroe de la tragedia moderna" (V, 477). D. Pío Baroja, fue, sin duda ninguna, el héroe de su propia tragedia frente a la ciencia.

## La lucha política

No es difícil continuar el discurso estableciendo un paso congruo entre ciencia y política. El mismo Baroja explicó con frecuencia esta relación; por ejemplo, cuando afirmaba en Barcelona "La ciencia en política es la revolución. No tiene otro contenido la revolución más que éste: la ciencia" (V, 535). Pero quizá interés más empezar por el principio, asentando las coordenadas políticas entre las que se mueve Baroja, a fin de comprender cuál fue su lucha personal en este campo.

Amén de los pensamientos y comentarios de carácter político que se reparten por toda su obra, no cabe duda de que *Juventud*, *egolatría* y las *Memorias* contienen buena parte de lo que fue tanto su participación activa en política como su concepción de la misma. La definición que ofrece de sí mismo desde este punto de vista es ésta: "Yo he sido siempre un liberal radical, individualista y anarquista. Primero, enemigo de la Iglesia; después del Estado. Mientras estos dos grandes poderes estén en lucha, partidario del Estado contra la Iglesia; el día que el Estado prepondere, enemigo del Estado" (V, 214). No es extraño que con estas convicciones que parecen muy tempranas en Baroja, —recuérdense los manifiestos y protestas de tipo social y político que junto a Azorín y Maeztu firmó en los periódicos progresistas de la época—, escribiese ya en *La busca*, y no sin ironía, en contra del regeneracionismo acaudillado por Costa: "El establecimiento tenía sobre la puerta un rótulo que decía: 'A la regeneración del calzado'. El historiógrafo del porvenir seguramente encontrará en este letrero una prueba de lo extendido que estuvo en algunas épocas cierta idea de regeneración nacional. Y no le asombrará que esa idea, que comenzó por querer reformar y regenerar la Constitución española y la raza, concluyera en la muestra de una tienda de un rincón de los barrios bajos, en donde lo único que se hacía regenerar era el calzado" (I, 278).

La afición política de Baroja en la época de esta trilogía (1903-1904) queda de manifiesto en *Aurora roja*, donde se introducen una serie de personajes anarquistas de diversas tendencias, de manera que el protagonista Manuel venga a ser, en esta ocasión, el trabajador moderado que viene a representar el anarquismo *sui generis* barojiano. En una discusión sobre el sentido de la acción terrorista dice Manuel a su hermano Juan: "Y si a mí me dijeran que la felicidad de la Humanidad entera se podría conseguir con el lloro de un niño, y eso estuviera en mi mano, yo te digo que no le haría llorar a un niño, aunque todos los hombres del mundo se me pusieran de rodillas..." (I, 630), que viene a ser la misma idea que expone el Dr. Iturrioz desde posturas menos sentimentales en *La dama errante*: "La bomba como venganza me parece absurda, y como medio de protesta, también" (V, 254); y que ya, en directo, repite el mismo Baroja en sus *Memorias*: "Nunca he creído que una violencia o una muerte pueda estar legitimada por una idea política que, en general, es una vulgaridad, una tontería o algo muy viejo y muy manido" (VII, 791).

Este Baroja anarquista a su modo llegó, sin embargo, a presentarse a unas elecciones municipales con el partido de Lerroux tras la explícita petición de éste. El mismo cuenta el inicio de aquella breve aventura republicana, cuando invitado a una comida por Ricardo Fuente y Lerroux le propusieron entrar en el partido y presentarse a las elecciones municipales por Madrid. “Yo no tenía ningún gran entusiasmo —escribe Baroja—; pero, a pesar de todo, dije que, como experiencia, lo aceptaba. Efectivamente, poco tiempo después me pusieron a mí de candidato en el distrito del Centro” (VII, 797). Intervino en algunos mítines durante la campaña, él dice que en seis o siete, pero al final no salió elegido y, poco después abandonó la política activa, en la primera ocasión que tuvo para ello. En *Juventud, egolatría*, Don Pío nos cuenta por qué abandonó a Lerroux: “¿Por qué dejé su partido? —dice—, lo dejé principalmente por una cuestión ideológica y de táctica. Lerroux quería hacer de su partido un partido de orden, capacitado para gobernar, amigo del ejército. Yo creía que debía ser un partido revolucionario...” (V, 216). Enseguida trataremos de explicar qué debemos entender por revolución. Ahora es necesario añadir que Lerroux, como persona, tampoco despertaba excesiva devoción en Baroja debido, fundamentalmente, a su ignorancia. “Lerroux no había leído nada serio en su vida, y creía, como muchos políticos, que la lectura es un pasatiempo de holgazanes [...] Lo que no se puede es ser ni filósofo, ni escritor ni político no habiendo leído nada y alimentando la inteligencia con artículos de periódico y discursos de mitin...” (VII, 454-55).

Otra intentona de introducir a Baroja en la política activa corrió a cargo del ministro Sánchez Guerra, cuando los conservadores ocupaban el poder. Azorín sirvió de enlace conduciéndolo al despacho del ministro. Este le preguntó:

— “Y ¿no quiere Vd. ser diputado para el Gobierno?

— ¿Apareciendo como adicto?

— Sí.

— ¿Como conservador?

— Sí.

Yo pensé un momento, y dije: —No, no puedo ser conservador, aunque me conviniera serlo; aunque quisiera serlo, no lo podría conseguir.

— Pues otra forma no hay de que Vd. sea diputado.

— Qué se le va a hacer; se resignará uno a no ser nada” (V, 217).

No; Baroja no podía ser conservador, aunque circunstancialmente le conviniera, como él mismo dice, primero porque en modo alguno podría comulgar con ideas conservadoras, pero sobre todo, porque no era hombre de partido. Baroja, en realidad, era un individualista, más que un político, con ideas revolucionarias, como hemos señalado. Ahora bien, la revolución que propugna nada tiene que ver ni con la de los anarquistas, ni con la de los izquierdistas exaltados. “Yo no llamo revolución a herir o matar; yo llamo revolución a transformar. Y para eso hay que declarar la guerra a todo lo existente. La lucha por la vida y la guerra son los principios que conservan en el hombre la cualidades viriles y nobles” (V, 537). No deja de resultar extraña esta postura, aunque en el fondo sea perfectamente comprensible. En efecto, Baroja quiere el enfrentamiento permanente, la crítica incansable a la Iglesia, al gobierno, a las instituciones, a la sociedad en general. Busca la revolución, que es la única que puede llevarnos hacia la transformación total. Pero no quiere

violencias, ni excesos de ningún tipo, ni siquiera el dolor de ningún hombre. Podemos preguntarnos, entonces, revolución ¿para qué? y ¿cómo? Y Baroja responde: “no para levantar barricadas, sino para fiscalizar, para intranquilizar, para protestar contra las injusticias” (V, 216).

Tal vez fuese eso lo que buscaba en el último intento de entrar en política que le brindó el partido radical y con el que parece que llegó a ilusionarse. Fue a instancias de Núñez Arenas y con cartas de recomendación de Lerroux, a pesar de sus enemistades personales. Pero la peregrina idea que le brindó el pintor Viladrich de presentarse a candidato por el aragonés pueblo de Fraga donde no contaba ni con un solo apoyo, resultó de todo punto ingenua, por un lado, y cara por otro, pues Baroja malgastó en aquel intento las 2.500 pesetas que Calleja le había dado por *Páginas escogidas* (1918)<sup>6</sup>. La experiencia, aunque encerró algún interés, fue más desagradable que otra cosa. Además de la incomodidad que supuso el recorrido, el enfrentamiento con el otro candidato, la sensación de soledad y ridículo que invadió a Baroja creo que le quitaron todas las ganas de una nueva experiencia. Y al pintor que ingenuamente o de mala fe, no se sabe, le indujo a la candidatura, Baroja le profesó durante el resto de su vida una inquina cordial.

Baroja, hemos dicho, no puede ser conservador, naturalmente, ni republicano; pero tampoco puede ser socialista: “Con los socialistas nunca he querido nada. Una de las cosas que me ha repugnado en ellos [...] es el instinto inquisitorial de averiguar vidas ajenas” (V, 217). Ni puede ser comunista: “Respecto del comunismo puro, autoritario fui hostil a él por temperamento y por ideas. [...] La misma tendencia mesiánica de suponer un paraíso en la tierra se me figura ridícula y desagradable” (V, 883). Baroja, por último, no puede pertenecer a ningún partido demócrata: “La democracia de la que tengo el honor de hablar mal, es la política, la que tiende al dominio de la masa, que es un absolutismo del número...” (VIII, 863), escribe en un artículo titulado “Contra la democracia”. Pero ya Roberto Hasting había dicho en *Aurora roja*: “Yo prefiero obedecer a un tirano que a una muchedumbre; prefiero obedecer a una muchedumbre que a un dogma. La tiranía de las ideas y de las masas es para mí la más repulsiva” (I, 633). Téngase en cuenta que Hasting se confiesa anarquista, aunque claro “¿qué haría yo en Inglaterra siendo anarquista? No; yo no puedo despreciar ninguna ventaja en la lucha por la vida” (I, 566). También el anarquismo, como cualquier afición política, puede ser muy personal y de circunstancias.

Por lo que se refiere a líderes políticos ocurre lo mismo. Baroja, que no deja de reconocer méritos en alguno de ellos, como las dotes de orador en Salmerón o la sinceridad de Pi y Margall, pone mal a todos los políticos que ha conocido desde Costa a Lerroux, pasando por Castelar, Cánovas, Echegaray, y los mismos Salmerón y Pi y Margall, entre otros<sup>7</sup>. No es extraño que ningún partido lo mirase con buenos ojos, como él mismo no pudo menos de reconocer: “Si un radical como yo, no tenía el menor prestigio político entre los republicanos, tampoco lo tenía en-

6.- Véase un pormenorizado relato de esta aventura en Sebastián Juan Arbò, *Baroja y su tiempo*, Barcelona, Planeta, 1969, pp. 532-547.

7.- Véase, especialmente, el cap. XVI de *Juventud, egolatría*, titulado “La política”.

tre socialistas, comunistas y anarquistas” (V, 1243). Y añade, un poco extrañado: “Respecto a los anarquistas, creía yo que tendrían cierta lejana simpatía por la parte individualista de la que yo había escrito, pero no. Se mostraban tan hostiles como los demás. [...] me atacaban furibundamente y con cierta saña, y tenían un profundo desprecio por los escritores de mi tiempo” (V, 1244).

En efecto, habría que concluir, Baroja, en esa lucha que mantuvo contra tirios y troyanos, desde posturas absolutamente individuales no fue demasiado comprendido por nadie. Y es que él era su propio partido. Sus postulados ideológicos y sus principios de acción fueron sólo suyos y pocos pudieron, en su tiempo, participar de sus ideales. Demasiado pronto Azorín y Maeztu, sus iniciales compañeros de protestas y desmanes, lo dejaron solo en la refriega. Si a ello añadimos el proverbial talante de su persona un tanto misántropo y aparentemente huraño no resulta extraño que, al final, se quedase políticamente solo con su radicalismo de izquierdas. Porque, lo más probable de todo, es que Baroja no valiera para político. “Soy demasiado poco histrión para ser político”, afirma en *Juventud, egolatría* (V, 244). Y es cierto, se tomaba las cosas en serio, mucho más en serio de lo que los demás pudieran suponer.

En el primer volumen de sus *Memorias* (1944), recordando una conversación que había mantenido con Ortega al final de la dictadura de Primo de Rivera, escribe: “Ahora, al recuerdo, pienso en el contraste que a cualquiera le hubiera parecido una contradicción... Ortega, conservador, autoritario, pensando en tumbar un gobierno como la Monarquía; yo, de tendencia crítica e individual, deseando íntimamente que la Monarquía se sostuviera, pensando que si no se sostenía, todas las posibilidades de ser escritor independiente se vendrían abajo” (VII, 455).

Sin duda, la verdadera lucha ideológico-política de Baroja fue su independencia personal, la defensa de su derecho a escribir, no exenta del miedo a la constricción, a la violencia ejercida contra su persona. Baste recordar el episodio con los requetés al comienzo de la guerra civil, y su repentina decisión de irse a Francia, después de haber estado retenido unas horas en la cárcel de Santesteban. La libertad física y de pensamiento fueron sin duda, los bienes más preciados para Baroja<sup>8</sup>, y, luego, por extensión, los derechos de todos los demás. Por su defensa trabajó Pío Baroja durante toda su vida, o lo que es lo mismo, luchó sin tregua, aun sabiendo que la mayor parte de su esfuerzo podría quedar baldío. Cuando un personaje de *Aurora roja* manifiesta la inutilidad de la lucha, la inoperancia del esfuerzo, la aniquilación misma de la vida, Roberto Hasting le contesta: “Hay que luchar; ésa es la vida. Vale más la inquietud, el ajeteo continuo, la alternativa de placeres y dolores que no el estancamiento” (I, 444).

\* \* \*

Cuatro frentes vitalísimos de lucha hemos recorrido en las páginas que preceden. He tratado de ofrecer a Vds. en un trenzado de ficción y realidad al Baroja

8.- Puede verse la narración de este episodio en Miguel Pérez Ferrero, *Vida de Pío Baroja*, cit., pp. 252-260.

vivo, imperecedero, al Baroja de la historia por un lado, y por otro, al Baroja creador, al de la fantasía, al Baroja que desde la invención nos ha dejado el mejor retrato del mundo de su tiempo. Y lo hemos hecho desde los cuatro campos que nos parecen más vertebrales en su vida: desde el inicial de la supervivencia meramente material del individuo, hasta el último: el de la ideología social para la supervivencia del grupo, pasando por el frente de las creencias que contribuyen al sostenimiento y desarrollo de la especie: Política, ciencia, religión y situación económica o, mejor, actitudes y conductas, vivencias y pensamientos que desarrolló D. Pío Baroja a lo largo de sus años cuando trató de hacer vida lo que él quiso entender por esos conceptos abstractos que hemos señalado.

Y quiero terminar asegurándoles que toda esta “lucha por la vida”, que constituye la trayectoria vital de D. Pío Baroja que hemos trazado, está transida de una depurada honradez intelectual que tal vez no haya sabido transmitir a Vds. Pues esto constituye un descubrimiento personal que sólo se pone de manifiesto tras una lectura sostenida de la obra barojiana. El lector perseverante va viendo emerger del texto la poderosa imagen de D. Pío, y asiste subyugado a la configuración paulatina del retrato físico y de la personalidad moral de este escritor, esculpida a base de aciertos y errores, de éxitos y de fracasos, pero siempre sobre la base de una escrupulosa honestidad y sinceridad de planteamientos. Y en este aspecto dio una lección de coherencia interior tanto a cuantos en su tiempo se acercaron a su persona como a cuantos en la actualidad acudimos a su obra.

